

DIA XXIX.

MARTIROLOGÍO.

LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA, á quien hizo cortar la cabeza Herodes cerca de la fiesta de la Pascua; cuya degollacion se celebra hoy solemnemente en memoria de haber sido hallada segunda vez su cabeza en semejante dia; la cual trasladada despues á Roma, se guarda con suma veneracion de los fieles en la iglesia de S. Silvestre junto al campo Marcio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SANTA SABINA, en Roma en el monte Aventino; la cual siendo degollada imperando Adriano, alcanzó la palma del martirio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SANTA CÁNDIDA, virgen y mártir, tambien en Roma, cuyo cuerpo lo trasladó el papa Pascual I á la iglesia de Sta. Praxedes. (Esta Santa, romana, es de los primeros dias del cristianismo.)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES NICEAS Y PABLO, en Antioquia en Siria.

LOS SANTOS MÁRTIRES HIPACIO obispo de Asia, y ANDRÉS presbitero, en Constantinopla; los cuales por defender el culto de las santas imágenes, imperando Leon Isáurico, despues que con pez derretida les untaron la barba y se la quemaron y les desollaron la cabeza, fueron degollados.

SAN EUTIMIO, romano, en Perosa; el cual huyendo de la persecucion de Diocleciano con su mujer y su hijo CRESCENCIO, murió allí en el Señor.

SAN ADELFO, obispo y confesor, en Metz.

SAN MEDERICO, presbitero, en Paris.

SAN SEBBÓ, rey, en Inglaterra. (Era hijo de Seward rey de los sajones orientales, y le sucedió en el trono el año 664. Fué el sexto rey cristiano de aquel pais, y despues de un reinado de treinta años renunció la corona á favor de sus dos hijos Sigeardo y Senfrido, recibiendo luego el hábito monástico de las manos de S. Erkonwald obispo de Londres. Murió en esta ciudad, y fué sepultado en la iglesia de San Pablo.)

SANTA BASILA, en Esmirna.

SANTA SABINA, virgen esclarecida en virtudes y milagros, en una aldea de Troyes en Francia.

LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

SIEMPRE se celebró en la Iglesia con solemnidad la Degollacion de S. Juan Bautista; esto es, la fiesta que se solemniza el dia de hoy en honor de su martirio. Antes del sexto siglo se llama-



LA DEGOLLACION
DE S. JUAN BAUTISTA.

ba esta fiesta la *Pasion de S. Juan*. Tambien se la daba el nombre del *Nacimiento del Precursor*, como aun hoy se da el de nacimiento á la gloria al dia en que los santos mártires consumaron su martirio; pero desde S. Gregorio el Magno acá conservó siempre el nombre de Degollacion de S. Juan Bautista la fiesta cuya historia vamos á referir.

Habiase retirado el Bautista al desierto desde su niñez, y en él habia pasado cerca de veinte y cinco años entregado á los rigores de la mas austera penitencia. Era su vestido una especie de cilicio, compuesto de ásperas pieles de camello, que ceñia al cuerpo con una correa ó cinto de cuero. Sustentábase de langostas, alimento bastante comun de la gente pobre en Palestina, y añadia un poco de miel silvestre de gusto muy desabrido, y de aquella que se encontraba en los bosques. A los veinte y nueve años de su edad, y veinte y ocho de Jesucristo, el décimoquinto del imperio de Tiberio César, le sacó el Espiritu Santo del desierto, y le mandó que predicase en las riberas del Jordan la doctrina y el bautismo de la penitencia. Entonces fué cuando aquel primer pregonero del Salvador, aquel hombre concebido por milagro, aquel admirable solitario y aquel precursor del Mesías recibió la orden de cumplir con su encargo, y de ejercitar el ministerio para el cual habia sido enviado. Desde luego metió gran ruido en toda la Judea el nuevo predicador. Concurrían de todas partes á ver y á oír á aquel hombre milagroso, declarándose muchos por discípulos suyos; exhortaba á unos, bautizaba á otros, y persuadia á todos á que hiciesen penitencia, porque se acercaba el reino de los cielos. Desamparaba la gente las ciudades por oír al nuevo predicador. Solamente los fariseos y los saduceos, hombres sin ley y sin piedad, se obstinaban en no venir á pedirle el bautismo con muestras de humildad y de contricion. Como no era aceptador de personas clamaba contra el vicio y contra el desórden, sin escepcion de clases ni de condiciones; era su zelo vivo, pero discreto, y su doctrina sana y santa.

Mientras S. Juan Bautista instruía de esta manera á los pecadores, el Salvador de todos ellos, el Justo y el Santo por excelencia, quiso tambien ser bautizado por su mano; sin duda para proporcionarle esta ocasion de ser el primero que le anunciase al pueblo. Vino, pues, el Salvador desde Nazareth al Jordan, y se presentó para ser bautizado como todos los demás. No le habia visto S. Juan á lo menos desde su infancia; pero en aquel mismo instante recibió una luz superior que le dió á conocer que aquel hombre que le pedía el bautismo era el Mesías prometido. Penetrado íntimamente su espíritu de veneracion y

de respeto, se escusó á bautizar al que sabia que era su Salvador y su Dios, que venia á quitar los pecados del mundo. *¡Pues qué, Señor, exclamó, tú vienes á mí! ¡tú quieres que yo te bautice, cuando yo debo ser el bautizado por tí!* Jesucristo solo le respondió, *que así lo debía hacer para cumplir toda justicia.* Con motivo de las maravillas que acompañaron á este acto de humildad del Salvador, le publicó S. Juan por el verdadero Mesías, dándole á conocer á sus oyentes.

Poco despues de esta accion el zelo del Bautista dió ocasion á su prision y á su muerte. Ya habia tiempo que Herodes, por sobrenombre Antipas, hijo del viejo Herodes, llamado el Grande, en cuyo reinado habia nacido Jesucristo, vivia escandalosamente amancebado con Herodías, mujer de su hermano Felipe, que abandonando descaradamente á su marido, se figuraba casada con su cuñado. Predicaba S. Juan vivamente contra este escándalo, animado siempre de un generoso zelo. Ofendióse Herodes atizando el fuego Herodías, que no pudiendo sufrir las fuertes declamaciones de aquel hombre santo, solicitaba continuamente á Herodes para que le hiciese callar. Tiranizado el monarca de su infame pasion, mandó prender al santo precursor, y le hizo asegurar en el castillo de Maqueronta. Indignáronse todos contra aquella injusticia; pero contentándose con detestarla, concurrían siempre á oírle predicar en su prision con la misma libertad y con el mismo zelo. Aun el mismo Herodes no podía dejar de estimarle ni de irle á ver algunas veces á pesar de Herodías; pero el Santo lo mismo le contemplaba en la cárcel que le habia contemplado en el desierto, y no cesaba de repetirle que no le era lícito retener la mujer de su hermano. Este generoso zelo encendió en el corazon de Herodías un odio tan implacable contra el Bautista, que solo se pudo extinguir en su inocente sangre. No dándose por satisfecha con verle preso, determinó desembarazarse de aquel molesto censor quitándole la vida. Ofreciósele una ocasion muy favorable con motivo de celebrarse los dias de Herodes, en que este príncipe tenia prevenido un soberbio festin, á que estaban convidados los grandes de su corte, los oficiales de sus tropas, y los principales de toda Galilea. Tenia Herodías una hija del marido que habia abandonado; llamábase Salomé, y era jóven, hermosa, bizarra, muy á propósito para embelesar con su despejo y con su gala. Danzaba sobre todo primorosamente. Entró Salomé en la sala del festin extraordinariamente ataviada, y comenzó á danzar en presencia de Herodes y de todos los convidados mientras estaban sentados á la mesa. Agradó tanto al rey y á todos los circunstantes, que

arrebatado Herodes del gusto y de la pasion, la dijo que pudiese cuanto se la antojase, jurando á vista de todos que todo se lo concederia, aunque le pudiese la mitad de su corona. Inmediatamente corrió Salomé adonde estaba su madre para consultar con ella lo que pediria. Volvió prontamente á entrar en la pieza del convite, y pidió á Herodes que la diese en un plato la cabeza del Bautista. Contristóse Herodes al oír semejante peticion, y aun manifestó su enfado; pero acordándose del juramento, y en atencion tambien á los convidados, que habiendo sido comprendidos en las vehementes declamaciones del santo precursor contra los pecadores y los disolutos, no sentirían mucho verse libres de aquel importuno fiscal, el impío rey, por la mas injusta y mas bárbara flaqueza, dió orden á uno de sus guardias que pasando á la prision le trajese la cabeza del Bautista. Fué al punto obedecido; y aquel Santo, que toda la vida habia vivido mas como ángel que como hombre; aquel digno precursor del Redentor, cuyo nacimiento habia llenado al mundo de gozo, y cuya santa vida habia sido su admiracion, vió á sangre fria que se le acercaba la muerte, gozoso de anticiparse por el martirio á la dolorosa que habia de padecer el Salvador, á cuyo nacimiento tambien se habia anticipado. Algunos son de sentir que Jesucristo se halló milagrosamente á su muerte, como se halló presente á la de san Estéban. Pero sea lo que fuere de esta opinion, el oficial le cortó la cabeza, y en una fuente se la presentó á Herodes, que luego mandó se entregase á la danzarina, y ésta regaló con ella á su madre. Dice S. Jerónimo que Herodías le picó la lengua con la aguja de su pelo, para vengarse en la muerte de lo que la habia reprendido cuando vivia. De esta manera la vida del hombre mayor entre todos los nacidos fué el premio y la recompensa de la gracia y el donaire de una desenvuelta bailarina. Pero no tardó la divina Providencia en vengar la muerte de S. Juan. Empeñado Herodes en una desgraciada guerra con Aretas, rey de los árabes, que se quiso despigar de la afrenta recibida en la persona de su hija, á quien habia repudiado por casarse con Herodías, perdió una gran batalla, cuyo infortunio los mismos judíos le atribuyeron á la muerte del Bautista. Pocos años despues le privó de sus estados el emperador Calígula, y le desterró á Leon de Francia juntamente con Herodías, y en aquella ciudad murieron ambos consumidos de miseria. Añade Nicéforo que su hija Salomé, cayendo en un rio helado, y quedando con la cabeza fuera del hielo, se degolló á sí misma con los movimientos que hizo con los pies para libertarse. Sucedió la muerte de san Juan el año 31 de Jesucristo, y á los 32 del mismo Bautista.

Sus discípulos tuvieron modo de apoderarse del santo cuerpo, y le dieron sepultura en una ciudad de Samaria llamada Sebaste. Pusieron aparte la cabeza; y habiéndose encontrado en tiempo del grande Constantino, fué llevada á Constantinopla con pompa y solemnidad, de donde con el tiempo se trasladó á Occidente, venerándose en Roma la mayor parte de ella. Muchas iglesias de Italia y Francia poseen parte de sus reliquias. Las mas considerables se adoran en Malta, en Leon, en Puy, en Viena del Delfinado, en Turin, en Venecia; y la iglesia del palacio de S. Chaumont, en el Leonés, conserva una considerable parte de una de sus quijadas.

SAN PEDRO Y SAN JUAN, MÁRTIRES.

HABIENDO celebrado capitulo general S. Francisco con todos sus hijos en el convento de nuestra Señora de los Angeles, después que se publicó en el concilio de Letran la aprobacion de su regla, se resolvió en aquel ilustre congreso, que se despachasen zelosos misioneros por todo el orbe cristiano, para que se interesasen en la propagacion de la religion, y en la conversion de las almas, que era el designio principal del seráfico instituto. En cumplimiento de esta determinacion, salieron del mismo capitulo muchos célebres minoritas para diferentes regiones del mundo, segun la distribucion hecha por el santo patriarca, quien destinó para España á Juan sacerdote, y á Pedro lego de profesion, ambos varones verdaderamente religiosos. Entraron en la nacion con vivísimos deseos de cumplir á la letra las órdenes de su santo padre; corrieron por varios pueblos de la península, y viendo la caridad y el grande aprecio que les manifestaron los naturales de Teruel, una de las mas antiguas ciudades de Aragon, resolvieron establecerse en aquel pueblo; para lo cual construyeron dos pobres y humildes celdas cerca de la iglesia del apóstol S. Bartolomé, donde se mantuvieron por espacio de diez años, ejerciendo el oficio de zelosos misioneros, ganando para Dios muchas almas por medio de sus funciones apostólicas.

Hallábase en aquel tiempo Valencia en poder de los moros, cuyo rey Azoto, Zeito ó Abuzeito perseguia de muerte á los cristianos; y encendidos Juan y Pedro en vivísimos deseos de conseguir la gloria del martirio, se presentaron en Valencia á predicar con generosa libertad las irrefragables verdades de nuestra santa fe, declamando á un mismo tiempo contra los enormes absurdos de la ley de Mahoma. Supo Azoto los procedimientos de los dos zelosos minoritas; y graduándoles por uno de los mayores aten-

tados que podian cometerse en los dominios agarenos, mandó ponerlos en una oscura mazmorra, mientras tomaba providencia de castigar su osadia. Quiso obligar á Juan y á Pedro á que renegasen de Jesucristo, valiéndose para ello de las amenazas mas terribles; pero la heróica constancia con que se negaron á una accion tan abominable, hizo al bárbaro mandar que los degollasen en el momento. Dieron los Santos repetidísimas gracias al rey por la gran merced que les hacia de acelerarles la gloria á que aspiraban; en premio de lo cual le profetizaron que abrazaria dentro de poco tiempo la fe de Jesucristo. Ejecutóse la sentencia de Azoto en el dia 29 de agosto del año 1231 en la plaza de Valencia; y redimidos por los cristianos los venerables cuerpos de los dos ilustres mártires á espensas del dinero que dieron á los moros, los trasladaron á la ciudad de Teruel, donde los depositaron en el mismo lugar que habia sido el de su habitacion; y deseando aquellos naturales dar una prueba nada equívoca de la veneracion que les profesaban, elevaron en un célebre convento las pobres y humildes celdas de ambos, cuya iglesia consagró el ilustrísimo señor D. García, obispo de Zaragoza.

No se tardó mucho tiempo en cumplirse la profecía de los Santos: movió guerra D. Jaime I de Aragon, llamado el Conquistador, contra Azoto rey de Valencia; y conociendo éste que desde que quitó la vida á los dos misioneros apostólicos, era derrotado en todos los combates que tuvo con los cristianos, se persuadió que sus pérdidas eran justos castigos del cielo en pena de su enorme atentado. Bajo este supuesto comenzó á tratar con D. Jaime sobre su conversion á la fe, y le ofreció la ciudad y reino de Valencia, siempre que le perdonase la vida con toda su familia, y le concediese lo necesario para mantenerse con decencia. Aceptó el partido el rey de Aragon, y formalizado el contrato, entró triunfante en Valencia en la vigilia de S. Miguel del año 1238, de la que espelió á todos los agarenos que rehusasen abrazar la religion de Jesucristo.

Cumplió luego Azoto su promesa, é instruido en los rudimentos de la fe, recibió el bautismo con el nombre de Fernando, ó de Vicente Belvis, segun opinan algunos, bien que otros sienten que este último fué el nombre de su hijo primogénito, que tambien se hizo cristiano. Quiso el convertido príncipe dar un testimonio público de su arrepentimiento sobre haber martirizado injustamente á los dos Santos, y para acreditarlo así, cedió á los minoritas su palacio á fin que en él fundasen un convento.

Desde que padecieron Juan y Pedro, les tributaron los fieles la correspondiente veneracion como á ilustres mártires de Jesu-

cristo; pero como á esta faltaba la aprobacion apostólica, habiendo recurrido á Roma por las letras remisoriales para la justificación de su culto inmemorial, resultando acreditado plenamente en el proceso que formó el vicario general de Teruel, en virtud de comision apostólica, los declaró así. Y presentadas las diligencias en la sagrada congregacion de Ritos, aprobó ésta la sentencia del delegado, y la confirmó el papa Clemente XI en 23 de febrero de 1704.

SANTA SABINA, MÁRTIR.

FUE Sta. Sabina romana, de ilustrísima cuna, hija de Herodes Metalario, y mujer de un caballero principalísimo llamado Valentino. Muerto su marido, recibió en su casa á una doncella cristiana y honestísima llamada Serafia, ó Serapia, la cual con su buen ejemplo y sus buenas razones la persuadió que se hiciese cristiana, y la encendió tanto con sus palabras en el amor de Jesucristo, que siendo presa Serafia por la fe y condenada á muerte, Sta. Sabina no se podía apartar de ella, y así la siguió hasta el lugar del suplicio. Vióla el presidente Berillo, y dijole: Mucho me maravillo, que olvidada de tu linaje y del padre que te engendró, y del marido que has tenido, andes en hábito tan despreciado tras esta maga y hechicera que te ha engañado, y á muchos otros, y sacado de juicio. Respondióle Sta. Sabina: Quisiera yo, ó presidente, que tú hubieras oído á Serafia, como la he oído, y probado sus verdaderas razones (que tú llamas hechizos); porque yo sé que dejarias la adoracion de tus falsos dioses, y conocerias al que solo es Dios vivo y verdadero, y remunerar con vida eterna á los buenos, y castiga con perpetua pena á los malos. El presidente, aunque le desagradaron las palabras de Sabina, teniendo respeto á la calidad de su persona, la dejó. Fue coronada de martirio Sta. Serafia; y Sabina recogió sus reliquias y las guardó como un rico y preciosísimo tesoro: y de allí á algunos dias fué presa y presentada á un juez, llamado Elpidio, el cual viéndola muy constante en la confesion de Jesucristo, y que con grande libertad le reprendia, la mandó degollar y confiscar todos sus bienes. De esta manera acabó esta vida temporal la gloriosa mártir Sta. Sabina, y comenzó á vivir aquella vida felicísima y sempiterna, que alcanzan los que saben tan bien pelear y vencer como ella supo. Los cristianos tomaron su cuerpo, y le pusieron en la misma sepultura donde ella habia enterrado á Sta. Serafia. Todos los Martirologios hacen mencion de Sta. Sabina. Padeció imperando Adriano, tal dia

como hoy, año del Señor de 122, en cuyo dia se celebra su fiesta, y segunda vez con Sta. Serafia en 3 de setiembre, porque en aquel dia fué dedicado á Dios en Roma un famoso templo, segun nos dice Adon, bajo del patrocinio de estas dos Santas en el año de 430. En él fundó el glorioso patriarca Sto. Domingo un convento de su sagrada orden. Al presente solo lleva el título de Sta. Sabina, y en él se tuvo la primera estacion en el primer dia de cuaresma, hasta que en el último siglo sucedieron á la devocion de estaciones las preces públicas de cuarenta horas, siendo aquella iglesia el sitio en que generalmente se junta el pueblo á ellas con gran devocion.

La misa es en honor de S. Juan Bautista, y la oracion la que sigue:

Haced, Señor, si os agrada, efecto de vuestra saludable asistencia. Tú que vives y reinas, etc.
Juan Bautista nos consiga el

La Epístola es del cap. 1 de Jeremias.

En aquellos dias: El Señor na de hierro, y como un muro de bronce contra toda la tierra, lomos, y levántate, y habla á Judá todo lo que yo te mando. No tengas miedo de su presencia, porque yo haré que no temas sus miradas. Porque yo te he hecho hoy como una ciudad guarnecida, y como una colum-

REFLEXIONES.

Seria muy de desear que ninguno se ingriese en el sagrado ministerio sin legitima y bien probada vocacion. No se verian entonces tantos operarios inútiles; no estaria la viña del Señor hecha un erial, encomendada á una multitud de obreros ociosos y desmañados; presto se experimentaria el mundo purgado de los vicios que le inundan; no crecerian mas los abusos; como la mala yerba que sufoca el buen grano; la corrupcion de las costumbres dejaria de ser una enfermedad popular que penetra hasta el mismo santuario; y floreciendo en todos los estados la pie-

dad cristiana, todos honrarian y todos harian el elogio mas elo-
cuente de la religion. Sabido es que la corrupcion del corazon
humano es el mas copioso manantial del desorden de las costum-
bres, y de aquella licencia universal que reina en todos los es-
tados y en todas las edades. ¡Qué disolucion tan desenfrenada
en la juventud! ¡qué irreligion en la edad mas madura! ¡qué
indolencia en el negocio de la salvacion! ¡qué olvido de Dios en
la mayor parte de los hombres hasta que las cercanías de la
muerte despiertan en el alma congojosos remordimientos y crue-
les sobresaltos! ¡con qué imperio reinan las pasiones en el dia
de hoy! Ellas son el gran móvil de todas las acciones; todo se
rinde á su violencia. En fin, ya no buscan mascarilla para dis-
frazarse, ni la injusticia, ni la usura, ni la mala fe; perdieron la
vergüenza desde que se hicieron tan universales. ¿De donde nace-
rá tanta generalidad de desórdenes en medio de una religion tan
pura y tan santa? De que se encuentran ya pocos Juanes Bau-
tistas que tengan valor para levantar el grito, y para decir
á todos con resolucion y con claridad: *Non licet*: no es licito
vivir con tanto regalo, con tanta delicadeza, con tanta profani-
dad, hundidos, abismados dia y noche en diversiones y en pa-
satiempos: no te es licito, seas del estado, de la clase, del se-
xo, de la edad que fueres, seguir ciegamente tus pasiones, y no
hacer una vida contenida y mortificada. El temor, la cobardia,
los respetos humanos del pastor mercenario dejan á las pobres
ovejas á merced del lobo carnicero. Por mas que grite Dios: *No
temais, no os acobardeis*, la sombra los asusta; ¿pues qué ha-
rán las timidas ovejas si el pastor huye del lobo? Cobardes di-
rectores, predicadores pusilánimes y condescendientes, profetas
aduladores, que solo os aplicais, y solo abris la boca para
anunciar cosas alegres y acomodadas al amor propio, ¿qué es-
tragos no haceis en la religion? ¿de cuántas almas que se con-
denaron no os han de pedir cuenta si se perdieron por vuestra
indigna condescendencia, por vuestra perniciosa cobardia? ¿cuán-
tos padres de familia, cuántos magistrados, cuántas personas
constituidas en dignidad, cuántos superiores encargados de go-
bernar á otros no sabrán qué responder cuando se les pida es-
trecha cuenta de aquellos cuya salvacion descuidaron por cobar-
dia ó por temor!

El Evangelio es del cap. 6 de S. Marcos.

En aquel tiempo: Envió He- puso atado en la cárcel por
rodes, y prendió á Juan, y le causa de Herodias, mujer de

Filipo su hermano, porque se la daré, aunque sea la mitad
la habia tomado por mujer. de mi reino. Y habiendo salido
Juan, pues, decia á Herodes: ella, dijo á su madre: ¿Qué
No te es licito tener la mujer he de pedir? Y ella la dijo: La
de tu hermano. Y Herodias le cabeza de Juan Bautista. Y ha-
ponia asechanzas, y deseaba biendo entrado inmediatamente
quitarle la vida, pero no podia; al rey con presura, hizo la pe-
porque Herodes temia á Juan ticion diciendo: Quiero que me
sabiendo que era varon justo y des pròntamente en un plato la
santo, y le defendia; y por su cabeza de Juan Bautista. Y el
consejo hacia muchas cosas, y rey se contristó por el jura-
le oia con gusto; y habiendo mento, y no la quiso disgustar
venido un dia oportuno, hizo á ella por causa de los convida-
Herodes una cena en el dia de dos, sino que enviando un ver-
su nacimiento á los principes dugo, mandó que le fuese trai-
y á los tribunos, y á los principa- da en un plato la cabeza de
les de Galilea; y habiendo en- Juan. Y le degolló en la cárcel,
trado la hija de la misma He- y trajo en un plato su cabeza;
rodias, y habiendo bailado y y se la dió á la muchacha, y
agradado á Herodes y á los con- la muchacha la dió á su madre.
vidados, dijo el rey á la mu- Lo cual sabido por sus discipu-
chacha: Pideme lo que quie- los, vinieron y recogieron su
ras, y te lo daré: y la juró: cuerpo, y le pusieron en el
Cualquiera cosa que pidas te sepulcro.

MEDITACION.

Del efecto de las pasiones.

PUNTO PRIMERO. — Considera que todo cuanto malo sucede en
el mundo por parte de los hombres, por lo comun es efecto de
las pasiones. Multitud de inquietudes, insaciabilidad de deseos,
tropol eterno de enfados, turbacion en las familias, guerras en
los estados, injusticias, violencias, atrocidades, delitos enor-
mes, herejias, cismas, parcialidades, escándalos, todas las ca-
lamidades que cubren la tierra de luto y de amarguras; este es
el fruto de las pasiones. El mismo infierno, por decirlo así, es
obra suya; aun las mas inocentes no lo son tanto como parece.
Buen Dios, ¿un hombre que hace algun uso de su fe y de su
razon puede conceder la menor tregua á un enemigo de quien
todo lo puede temer, á quien debe todos sus disgustos, y que
al cabo le ha de arrastrar al abismo de las mayores desdichas?
¿qué prosperidad podrá resistir á las tempestades que la menor

de todas las pasiones es capaz de levantar en el corazón? Todas ellas poseen el maligno secreto de acibarar los gustos mas tranquilos con la mas triste amargura. Una pasión que nos domine basta para amotinar todas las demás. Un despique, una emulación, un interés, un odio no reprimido, un orgullo irritado, y sobre todo, una pasión de impureza, ¡santo Dios, qué estragos no hacen! En Herodes tenemos un ejemplo harto palpable. Luego que se apoderó de su corazón la ciega y pecaminosa pasión por Herodías, ¿qué efectos tan extraños no produjo? La impiedad, la irreligión y la injusticia. Era Herodías esposa legítima de su hermano Felipe; tenía sucesión en aquel casto matrimonio; pero la pasión no se para á discurrir tanto, no mira los objetos tan de cerca. Repudia Herodes su legítima mujer, aunque hija de un poderoso rey, que sabrá tomar satisfacción de aquel agravio. Cásase públicamente, despreciando el escándalo universal, con la mujer de su hermano. El primer efecto de la pasión es la ceguedad. Juan, aquel hombre justo, aquel hombre santo, reconocido por tal de él mismo, clama, grita movido de zelo y de religión contra tan escandaloso amancebamiento. Herodes, no obstante lo mucho que le estima y le venera, gobernándose muchas veces por sus acertados consejos, le manda cortar la cabeza. Esto es lo que puede, y esto es lo que hace una pasión. Llenos están todos los siglos de funestos ejemplos que convencen hasta donde llega la violencia y la tiranía de las pasiones. ¡Con todo eso se hace la paz con un enemigo tan furioso; nos familiarizamos con estas fieras, las sustentamos, las acariciamos, y despues nos admiramos de los estragos que causan!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que uno de los principales efectos de las pasiones es debilitar la razón, cegar el espíritu y extinguir en el alma la fe. Bien se puede asegurar que no ha habido en el mundo herejía alguna que no fuese efecto ú obra de alguna pasión. En materia de religión cada pasión es un encanto. Gran prueba es de esta verdad la pertinacia y la obstinación de los luteranos y de los calvinistas. Toda su terquedad nace del interés, de la ambición, y sobre todo del amor á la libertad. Desvanézanse las preocupaciones de la voluntad; no se dé atención á las voces de los sentidos; tenga en el alma menos imperio la pasión; cesen las razones de emulación, de venganza, de orgullo y de libertad, y luego se verán convertidos todos los herejes. No gustan esas reflexiones por demasiado verdaderas, y porque perturban la posesión del error que lisonjea al amor propio, y va un poco de acuerdo con los sentidos. Es artificio de nues-

tro amor propio el representarnos siempre nuestras pasiones á una luz falsa, á un aspecto engañoso: solo nos parecen violentas, feas, malignas y perniciosas en los otros; pero las nuestras se nos figuran mas humanas y menos odiosas. Mirémoslas sin preocupación; pensemos de ellas lo mismo que piensan los demás; considerémoslas en sus efectos, y ninguna cosa nos hará formar idea mas cabal de lo que son; siempre ofenden cuando se las mira sin disfraz. Examinemos el verdadero origen de esas inquietudes, de esos disgustos, de esos sobresaltos; no tendremos que fatigarnos mucho; no le encontraremos muy lejos; hallaremos el verdadero manantial de nuestras pasiones.

¡Ah, Señor; y será posible que perpetuamente hemos de convenir todos en estas verdades prácticas, sin que jamás se esplique en la ejecución este estéril conocimiento! Vuestra gracia, Señor, vuestra gracia; y desde este mismo punto voy á trabajar sin intermision en domar estos enemigos domésticos, pues ellos solos turban mi quietud, y ponen en tanto peligro mi eterna salvación.

JACULATORIAS.—Librame, mi Dios y mi Señor, de las sangrientas pasiones que me tiranizan. (*Psalm.* 50.)

Sácame á paz y á salvo, Dios y Señor mio, de las manos de mis enemigos, y defiéndeme de los que se levantan contra mi para combatirme. (*Psalm.* 58.)

PROPOSITOS.

1 Poco importa conocer la violencia y la malignidad de las pasiones si falta el valor para combatirlas. Ninguna hay que no ponga en peligro la salvación, ninguna que no sea una enfermedad mortal; ¿pero de qué sirve conocer la naturaleza de la enfermedad, si se ignoran los remedios para curarla? El primer medio para domar un enemigo tan temible es no hacer jamás paces ni treguas con él. El que le contempla ya está vencido. De la porfía y del teson en el combate depende casi la victoria. Contempera con una pasión, y cada dia la experimentarás mas impetuosa y mas fiera; conténtala, y te hallarás esclavo de ella. Basta que la dejes respirar un momento para que te eche á cuestras los grillos y las cadenas. Examina cuales son las pasiones que te dominan, y resuélvete desde este mismo instante á no condescender con ellas ni en la mas mínima cosa.

2 Entre las pasiones, á unas se las ha de atacar cara á cara, á otras por las espaldas, picándolas la retaguardia. Ciertas pa-

siones hay, cuya victoria solo se asegura con la fuga del objeto; y nunca te olvides de que vencer no mas que á medias una pasion, no es rendirla, sino irritarla mas. ¿Eres colérico? Pues reprime y ahoga en tí hasta los primeros movimientos de la indignacion; y aunque el criado ó el hijo te dé motivo de enfado, no le hables palabra. ¿Dominate la avaricia? Da liberalmente con garbo y con alegría; sobre todo, sé liberal en limosnas, especialmente con aquellos á quien tienes mas razones para negárselas. ¿Gimes oprimido bajo el tirano yugo de alguna pasion impura? Evita hasta la sombra del objeto que la despierta; huye, huye aun de las mas mínimas ocasiones, macera la carne, ora mucho, y ten una tierna devocion con la santísima Virgen.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

SANTA ROSA DE SANTA MARÍA, virgen, de cuyo tránsito se hace memoria el dia 26 de este mes. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE SAN FELIX, presbitero, en Roma en la via Ostiense; el cual en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, despues de haber sido atormentado en el potro, fué sentenciado á ser degollado; y al llevarlo al suplicio le salió al encuentro un cristiano; el cual confesando espontáneamente su religion, junto con él fué tambien degollado. Los fieles ignorando su nombre, le llamaron ADAUCTO ó *añadido*, porque se habia agregado á S. Felix por compañero en la corona.

SANTA GAUDENCIA, virgen y mártir, con otros tres, tambien en Roma.

SAN PAMMAQUIO, presbitero, esclarecido por su doctrina y santidad, igualmente en Roma. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SESENTA SANTOS MÁRTIRES, muertos por el furor de los gentiles en Suffetula, colonia romana en Africa.

LOS SANTOS BONIFACIO Y TECLA, padres de doce hijos todos mártires, en A drumeto, tambien en Africa.

SAN FANTINO, confesor, en Tesalónica, quien habiendo padecido grandes persecuciones de parte de los sarracenos, fué por ellos finalmente echado del monasterio en donde habia vivido con maravillosa abstinencia: al cabo, despues de haber convertido á muchos al camino de la salud, murió en santa vejez.

SAN FIACRIO, confesor, en la diócesis de Meaux. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN PEDRO, confesor, en Trevi en Italia; el cual esclarecido por sus grandes virtudes y milagros, allí mismo durmió en el Señor y es honoríficamente venerado.

SAN BONONIO, abad, en Bolonia.